

1. Injerto, raíces y sangre.

Quizás recordáis que el año pasado concluimos el Curso de Formación Monástica reflexionando sobre la relación entre los ancianos y los jóvenes, en vista a la preparación para el Sínodo de los Obispos que se reunió en octubre sobre el tema: "Jóvenes, fe y discernimiento vocacional".

Más tarde, una reunión con una asamblea de superiores benedictinas me obligó a profundizar el tema: "Transmitir y durar para vivir juntos". Poco después, el Capítulo de la Congregación de Castilla se reunió para profundizar en el tema de la relación entre ancianos y jóvenes en nuestras comunidades monásticas. Mientras tanto, comenzó el año durante el cual toda la Familia Cisterciense conmemora el 900 aniversario de la aprobación por el Papa Calisto II de la *Carta Caritatis*, el documento según el cual nuestros primeros Padres Cistercienses, liderados por San Esteban Harding, esbozaron los aspectos básicos que permitieron que el primer grupo de abadías nacidas de Císter se convirtiera prácticamente en la primera Orden monástica en la Iglesia organizada como una comunidad de comunidades autónomas, con instrumentos de encuentro, formación, corrección, esto es de comunión, que, si se observan bien, siguen siendo hoy el secreto de la vitalidad y la fecundidad de cada Orden religiosa para vivir su carisma específico.

Creo que todo esto nos estimula a profundizar en el tema de la *transmisión*, de cómo se transmite un carisma, una vocación, una misión, y a tratar de ayudarnos a entenderlo según San Benito, y cómo lo entendieron las otras familias carismáticas nacidas de su carisma. Esto, no para hacer "arqueología monástica", sino para encontrar en nuestras raíces la savia que puede revivir nuestra vocación cristiana y monástica hoy.

Cuando los jóvenes entran en crisis en su vocación, –y sucede a menudo, no solo entre los jóvenes–, cada vez soy más consciente de que el problema es que su vocación no pudo ser injertada en una transmisión del carisma que va desde las raíces hasta las hojas y frutos del árbol. Es como si no se les hubiera dado la oportunidad de "injertarse" realmente en el árbol de la Iglesia, de su Orden y de su comunidad, de tal manera que puedan convertirse en ramas a las que las raíces de la planta transmiten la savia vital que pasa a través de todo el tronco, a través de las ramas más grandes y antiguas, para llegar hasta ellos y permitirles también convertirse en ramas vivas y fructíferas que transmiten la savia carismática a los que vendrán tras ellos, a quienes el Señor también injertará en ellos.

El injerto es una práctica del cultivo de la fruta muy interesante, porque una ramita injertada, una vez que comienza a vivir sobre y de la planta en la que se injerta, en cierto sentido cambia su naturaleza, viviendo de otras raíces distintas a las de la planta de la cual ha sido cortada. Pero al mismo tiempo, el injerto cambia también la naturaleza de la planta anciana que lo recibe. Por ejemplo, la planta vieja se vuelve más fructífera, mejora la calidad de sus frutos, justamente gracias al injerto. Sin injertos, una planta vieja tiende a producir frutos cada vez más silvestres, e incluso más pequeños y con menos sabor.

Por lo tanto, no debemos pensar solo en el bien que una Orden antigua o una antigua comunidad, o la Iglesia que tiene casi 2000 años, puede hacer a los jóvenes que la vocación injerta en ellos, sino también a la nueva vitalidad, a la nueva fecundidad, que todos los injertos llevan a las plantas viejas, permitiendo así que sus raíces no absorban en vano el agua y las sustancias que transmiten al árbol.

Sin nuevos injertos y sin una capacidad renovada para transmitir linfa vital, resulta inútil tener raíces antiguas y profundas. Es evidente que la Iglesia tiene raíces profundas, que transmite una tradición antigua y muy noble, así como nuestras Órdenes y comunidades. Pero si hoy no hay transmisión de esta linfa vital preciosa y profunda, si hoy no hay nuevos y buenos injertos en el árbol venerado y venerable de la Iglesia y de cada una de sus familias carismáticas, incluso las raíces más profundas se vuelven estériles, inútiles. Siguen vivas, siguen siendo jóvenes, permanecen fieles a su tarea, pero permanecen estériles debido a la infidelidad del árbol para transmitir hasta la última rama la linfa vital que producen.

Incluso todo lo que podemos hacer u organizar para la formación, como este Curso, sería estéril, inútil, si no transmitiera, si no fuera un instrumento para transmitir la linfa vital de nuestras raíces.

El Concilio Vaticano II básicamente centró en esto la renovación de toda la Iglesia, y la renovación en particular de la vida consagrada. Pidió volver a las raíces para actualizar la vida de la Iglesia hoy. De hecho, todas las infidelidades al Concilio, o más bien al Espíritu que lo animó, provenían de una mala comprensión de la transmisión que el Concilio quería promover. Una transmisión es mala si no comienza desde las raíces, por lo tanto, desde una tradición verdaderamente original y viva, pero una transmisión también es mala si no va a las ramas más nuevas y periféricas del árbol, esto es, si la referencia a la tradición no se convierte en misión, evangelización, hasta los extremos confines de lo humano y de la humanidad.

Todo esto lo digo, y voy a profundizar en ello más tarde, sobre todo para que cada uno de nosotros, estudiantes y profesores, nos planteemos desde el comienzo de este Curso una pregunta crucial: ¿vivimos nuestra vocación dentro de una transmisión buena y viva que va desde las raíces más profundas y antiguas hasta los frutos que estamos llamados a dar hoy?

Es decir, os invito a examinar cómo vivís vuestra vocación, sobre todo la vocación cristiana, y luego en todas las formas particulares en las que se nos pide que sigamos a Cristo. ¿La vivimos alimentándonos desde la raíz? La formación que hemos recibido y recibimos ¿es una transmisión de linfa vital? ¿Es vital incluso también en quienes nos forman o deberían formarnos? ¿Estamos formados por personas cuyo carisma está vivo, es una vida, es un alma o por personas que solo transmiten nociones teóricas o prácticas? Y si nosotros somos formadores, ¿somos así? ¿Somos transmisores de la linfa vital que desde las raíces va hasta los frutos que el Espíritu quiere producir hoy en nuestras personas, en nuestras comunidades, en nuestras Órdenes, en la Iglesia?

Profundizaré en todos estos temas, pero me gustaría que el punto de partida de este Curso fuera un examen de cada uno sobre su propia vida y experiencia. No importa si el resultado de este examen es quizás desastroso, si nos damos cuenta de que tal vez hemos vivido hasta ahora la fe y la vocación sin una transmisión verdadera, arraigada y fructífera. Ya es un gran progreso darse cuenta de que nos falta algo, especialmente si nos falta lo esencial. Porque a partir de ahí uno comienza más humilde y abierto, y el Espíritu Santo, cuando encuentra una conciencia clara y humilde, sabe cómo recuperar en un solo día lo que quizá nos faltó durante mil años (cfr. Sal 89,4; 2 Pt 3,8).